



DE JOHN LENNON A SID VICIOUS

EUGENIO HARO

«Diario 16, por favor». «No, no me queda». «Bueno, entonces cualquier otro». «De la tarde», añado. «Se ha muerto el bitel ese, ¿no?», me dice el quiosquero.

Sí, es martes, nueve de diciembre, y habían acribillado a balazos a John Lennon. Junto con la noticia de su muerte aparecen en todos los diarios los comentarios de la Warner, su última casa discográfica: le compara a Beethoven, lo califica como «uno de los grandes genios del siglo XX». «Es el crimen más importante desde el asesinato de Kennedy», se llega a decir. Los periódicos agotan sus ediciones, de su último disco no quedan ya ejemplares. Los discos

antiguos de los *Beatles* se venden a precios astronómicos y la «EMI» se prepara a reeditar todo el material de que dispone. Millones de fans en todo el mundo llora; aunque, claro, es una pena, podrían haber llorado más si se hubiera filmado el crimen y lo pasaran de vez en cuando por la TV, como ocurrió con Kennedy.

Todo el mundo sabe, o debería saber, que los *Beatles* eran cuatro chicos muy simpáticos de Liverpool —sobre todo Ringo—, que a principio de los sesenta formaron un grupillo musical con ideas geniales —sobre todo de Brian Epstein—, que desde su primer

single ocuparon el número 1 en las listas. Mientras Elvis Presley engordaba después de acabar su «mili» y loraba baladas en lujosos escenarios de Las Vegas ante damas enojadas, estos chicos empezaban a ventilar el ambiente musical desde el otro lado del Océano. Su música era una mezcla de agresividad desatada, agresividad del marginado negro-quinceañero-proletario, y de espíritu melódico, suave, romántico, propio del satisfecho-blanco-trabajador-quinceañero. Eran buenos chicos y malos chicos.

Tenían el pelo muy largo. ¿Serían maricas? Su música, desde luego, horripilante, («horrendous»)..., pero no parecían malos del todo. Por lo menos iban bien peinados... y eran tan simpáticos. Y ocurrió algo curioso: las jóvenes —teddy boys, rockers, greasies, mods—, enloquecían en sus conciertos. Les adoraban. Las chicas, la mayoría de las cuales no se había acostado todavía con ninguno de sus amigos, experimentaban extrañas sensaciones durante la actuación. Era la «Beatlemania».

JOHN LENNON

Edison y la ovejita

Pero esa es una historia que todo el mundo conoce, o debería conocer. Comenzó la verdadera revolución y nació el rock moderno. Cientos de grupos, antes sumidos en un anonimato casi completo, empezaron a salir a la luz azulada de los televisores y a las páginas de las revistas; las nuevas ideas se propagaron como la peste, y no sólo eran ideas musicales: era toda una forma de ser, de pensar, de vestir, de actuar. Todos los desorientados, los escépticos y los desengañados, encontraron un nuevo credo, una religión en la que apoyarse y desde la que podrían combatir juntos contra esa monstruosa sociedad de los adultos, sociedad de viejos que organizaban guerras con soldados jóvenes. E inmediatamente, ¡zás! el salto a Norteamérica, donde los alumnos menos aplicados de los «beatnicks» empezaron a hacer yoga, a leer filosofía zen de la barata y a comer ensaladas de zanahoria y LSD con salsa de soja en cuanto llegaba a San Francisco el auto que los había recogido en la Autopista 66, que pasaba cerca de su pueblo de Colorado. Eran los hippies. América es grande; y todo lo hace a lo grande: las ciudades, los edificios, los almacenes, los movimientos sociales (menos el comunismo, por supuesto)... Por cada adolescente rebelde con causa europeo surgieron cien americanos. Ante una demanda tan enorme de inconformismo, lo que se podría hacer era venderlo. Pero ¿qué producto mágico, qué símbolo podría materializar esa rebelión, qué objetivo extraño podría ser ése que resultase de la amalgama de unas cuantas melenas, un ácido, varios porros, un pantalón vaquero y una foto hecha por Andy Warhol? Como el japonés de la «tele», el de la calculadora, los alquimistas de la industria juntaron todos estos elementos y algunos más en una prensa, y cuando la levantaron se encontraron con un cuadrado de cartón, una especie de sobre que contenía un redondel negro. No es que no hubiera discos antes. Hacía años ya que Edison dijo que María tenía una ovejita, y había pasado muy poco tiempo desde que Elvis había dicho que no le pisaran sus zapatos de gamuza azul —con mucho éxito, por cierto—; pero éste era distinto. Conjuntaba el peligro de que los chicos se pusieran *realmente* pesados. Ellos en sí no constituían un peligro excesivamente grave, pero quedaba un poco feo rociar de napalm a los jóvenes —no siendo vietnamitas, *of course*— y la Historia les había enseñado que

mejor que echar cristianos a los leones era venderles escapularios y biblias. «¿La revolución? Está en tu cuarto, hombre. Pones el disco en el «tocata» a todo volumen, brincas y coreas un estribillo superagresivo junto con tu héroe favorito, el más desmadrado, el más «freak», el más violento, y ya está. Si tu papi no te deja, lo mejor es una discoteca, y además flipas con las luces. O un concierto, tío, allí hay ambiente, rollo, buenas vibraciones. ¿Para qué vais a estar en la calle todo el día bebiendo cerveza y haciendo el gamberro? Hombre, iros al campo unos días todos, a Woodstock, por ejemplo. Demasiado, todos allí y nos dejáis las calles a nosotros, ¿vale?»

Pero el caramelo ha de estar bien envuelto en celofán brillante y las biblias han de estar encuadernadas en piel y el título en oro: es la era de la «High Fidelity», la «Alta Fidelidad». De la aguja de cerámica se pasa a la de diamante, del microsuroc monoaural al «stereo sound», a la cápsula magnética, al sonido cuadrafónico, al brazo tangencial, a la célula fotoeléctrica lectora, al videodisco, al... Y todo eso está muy bien. La ciencia adelanta. Los estudios de grabación parecen el interior de una nave espacial, y sus pilotos, los técnicos de sonido, se transforman en verdaderos ingenieros electrónicos que consiguen crear en una grabación tanta cantidad de matices y efectos sonoros que uno no acaba de escuchar nunca todas las variedades que tiene un disco aunque lo ponga doscientas veces seguidas en el sublime equipo estereofónico que acaba de conseguir. Además, también el órgano se ha transformado en sintetizador, máquina mágica que contiene todos los sonidos imaginables. Con el chocolate o el ácido, que aumentan la sensibilidad, puedes estar en tu casa una semana oyendo el mismo disco de Pink Floyd, y cada vez será distinto. Y luego puedes empezar con otro.

«There is no business like show business» era la canción que daba título a la película que aquí apareció recientemente en el ciclo Marilyn de TV con el título de *Lucas de Candilejas*, aunque la cursi familia que la cantaba daba un sentido a la frase distinto al que va a tener ahora. Todo depende de que *business* signifique «actividad», o «negocio».

¡Dios salve a la reina!

Y mientras Elvis Presley seguía engordando kilos y más kilos, la Reina de Inglaterra eleva al rango de «sires» a los cuatro chicos *tan* simpáticos de

Liverpool. Uno de ellos —llamado John Lennon, por cierto—, «el más inteligente del grupo», algún tiempo más tarde le devuelve el título a Su Majestad la Reina. ¡Dios salve a la reina!

Todo estaba tranquilo ahora. El mundo (Occidente, que es el mundo que importa) está lleno de chicos con melena hasta la cintura y sucios, que no saben hablar ni vestirse, que sonríen mucho y no dicen nada, que solamente son violentos cuando tienen una guitarra en sus manos mientras otros llevan metralletas, o saltando hasta caer exhaustos en las pistas de baile. Algunos aparecerán en España —que no era mundo pues se oía a Julio Iglesias, y sigue sin serlo pues se sigue oyendo a Julio Iglesias—. Me refiero a hace unos cuatro o cinco años. Mientras los hijos de las flores empiezan a desplegar sus pétalos coloridos a la primavera «democrática» española, éstas, las flores, están ya marchitas por allí afuera. La frase es cursi pero vale.

Los hippies tienen ya aspecto triste, y aunque siguen vistiéndose de colores han pasado a tener el aspecto de putas baratas, viejas bajo kilos de maquillaje y minifaldas con botas altas. Patéticos. Han hecho el amor libre en sus comunas; y las mujeres no han tomado la píldora porque parir es algo natural y una experiencia tan increíble (*groovie*), y también por lo que muchos padres: por perpetuar su especie. Y sin embargo, les han salido unos hijos muy raros. No les gusta Pink Floyd, lo mismo que los hijos de médico no quieren serlo generalmente; o los de abogado, etc. El mundo es ya un desastre total, y tomar LSD no va a arreglarlo. Lo único para lo que sirve el ácido es para abrir las «puertas de la percepción», pero para lo que hay que percibir... Lo que piden estos «enfants terribles» es cosas que produzcan el efecto contrario, el de insensibilizarse. ¿Es extraño que se ponga de «moda» la heroína? ¿O el alcohol? «Mis papás se ponían guapos; pañuelos en ténicolor al cuello y chaquetas lila. Hacían yoga para mantener sano el espíritu y comían lechuga para mantener el cuerpo en forma; fumaban hash para oír una supermúsica y leer «El Señor de los Anillos». Ahora mi papi es del Guru Maharaschi y mi mami se quedó colgada en un viaje de peyoto y un discípulo de Laing viene a verla de vez en cuando. ¿De qué les han servido, entonces, sus melenas? De nada. Me voy a rapar el pelo, voy a hacer jirones mi ropa, un imperdible en la boca y la cruz gamada en el pecho. Voy a beber litros de alcohol y a pincharme gramos de heroína. ¿Y la música? Guitarras, voz y batería a todo volumen. No para



Sid Vicious. Tema «De John Lennon...».

personas sensibles. No. Para borrachos.» Esto lo pensaban —y lo piensan— muchos. Y uno de ellos se llamaba Sid. Eran los «punks», la «basura».

Había una vez un grupo de rock llamado «Sex Pistols», que vivía en Inglaterra, formado por cuatro chicos. Ninguno era de Liverpool y no se podía decir que fueran *realmente* muy simpáticos. Eran bastante brutos, aunque menos de lo que suele pensarse y filmarse, aunque tenían algunas ideas geniales. Sobre todo Malcom McLaren, su *manager*. De los cuatro, había dos que destacaban en especial del resto: el cantante, Johnny Rotten («el Podrido»), y Sid Vicious, que aporreaba el bajo a veces y otras aporreaba con el bajo a algún espectador cercano (1). Formaban una pareja formidable. Muchos decían que el tandem Rotten/Vicious igualaba a otros también famosos, como el de Jagger/Richards, o incluso, el de Lennon/McCartney. Bueno, tampoco eran muchos los que lo decían. En fin,

(1) O al menos eso es lo que se veía en la película «The Great Rock and Roll Swindle» («El gran Timo del Rock and Roll»), aquí *Dios Salve a la Reina*, estrenada hace poco.

esta gente puso de moda en el mundo civilizado el «punk», entre otras cosas porque el día del aniversario de la coronación de la Reina de Inglaterra, día en que miles y miles de británicos acuden a Londres a ver los fuegos artificiales y a comprar ceniceros con la efigie de la reina, sacaron a la venta un single cuya carpeta era un retrato de Su Majestad y el título de la canción era «God Save the Queen». Toda la edición se agotó en el día. Llegó a número 1 en las listas de ventas porque miles de honorables familias británicas lo compraron inmediatamente. Y cundió el pánico cuando lo colocaron en sus «pick-ups» y escucharon la serie de barbaridades (que en realidad no eran para tanto, pero los ingleses ya se sabe) que se decía sobre su Reina y su País. Pero lo peor no fue eso, sino que las emisoras de radio tenían el tema colocado en el número uno de las «superventas». Inmediatamente se prohibió su radiodifusión. Al menos durante ese día, lo cual daba lugar a que el locutor de turno tuviera que advertir que no se podía radiar el disco porque las autoridades bla, bla, bla.

Por otro lado, el Parlamento había

prohibido expresamente con anterioridad al grupo «Sex Pistols» que actuara en suelo británico durante ese día. «Bueno», pensó Malcom McLaren, «el suelo británico no es lo mismo que el agua británica, de modo que una embarcación que se deslice suavemente por el Támesis, con los Pistols dentro y un buen equipo de sonido, hasta llegar justo ante el Palacio, y tocar allí el «Dios Salve a la Reina» no puede estar prohibido, ¿verdad?» Y lo hicieron.

La «nueva ola»

Toda esta larguísima anécdota viene a cuento de que a partir de un grupo como los Sex Pistols y otros muchos que le siguieron, la historia del rock y de la vida de millones de jóvenes que nacieron cuando los Beatles ya no existían —y exageró un poco— sufrió un cambio tan enorme que todavía está en desarrollo y seguirá estándolo aún durante algún tiempo. Que toda la llamada «nueva ola», o «new wave», procede directa o indirectamente de esa explosión punk de hace algunos años, aunque, claro está, con influencia de grupos anteriores, de John Cage, de Stravinsky, Beethoven y, Chuck Berry. Y, finalmente, que ahora, mientras tanto, comienzan a tener éxito en Madrid los imitadores de los Rolling Stones y de los Beatles —y eso si no se han quedado en imitadores de los Brincos. Y es que mientras en este país, España, no se pueda editar un «Dios Salve a la Reina» en versión hispana sin acabar en Burgos, ni siquiera ir al estreno de la película de los Sex Pistols, donde la policía detuvo a las primera filas de espectadores, aquí no habrá revolución musical ninguna. No hemos llegado siquiera a la Francesa...

Ahora John Lennon ha muerto asesinado. Ni musical ni socialmente tenía ya nada que hacer: «Era un padre y un marido responsable. Hacía años que no fumaba ni un sólo cigarrillo de marihuana», dice también un ejecutivo de la Warner. No he oído su último elepé, pero sé que no va a cambiar el mundo ni la estética musical, como hizo Beethoven.

Y Sid Vicious murió hace más de un año, suicidándose, después de haber asesinado a su chica, con una sobredosis de heroína. Como Lennon, tampoco tenía ya nada que hacer. Los Sex Pistols ya no existían. Ni los Beatles cuando lo de John Lennon. Pero las diferencias entre uno y otro, tanto por las circunstancias de sus muertes respectivas, como por sus estilos de vida, son abismales. Son cuestión de tiempo; de generación. De época. ■ E. H.